

Odiseo, el hombre rebelde

INTRODUCCIÓN

El presente ensayo parte de una hipótesis muy sencilla: *el hombre es un animalito desobediente*. Un ser renuente que renuncia voluntariamente a su condición en aras de otra. Albert Camus llegó a decir: “El hombre es la única criatura que se niega a ser lo que es” (Camus, 2003: 16). Pero aún más, el hombre es un ser rebelde que ha encontrado en la historia de la literatura, incluso de la ciencia, la filosofía y el arte, ejemplos de rebeldía donde cimientan su proceder. Según Camus, la negación de la rebeldía entraña un valor positivo. Valor para oponerse a aquello considerado injusto o caótico. Valor también para actuar contra eso que enmascara la realidad u oprime. Él mismo expresa: “la rebelión se hace tanto contra la mentira como contra la opresión” (Camus, 2003: 20).

Aunque parezca contradictorio, la negación anidada en toda rebeldía lleva una fuerte dosis de afirmación. Para el autor de *El extranjero*, aquella representa la posibilidad de un rechazo fincado en la conciencia que toma el hombre rebelde de una frontera, que ninguna autoridad, ningún dios u hombre ha de sobrepasar. Para Camus, el hombre rebelde es aquel que dice no; quien rechaza cualquier intrusión por considerarla intolerable y rompe las barreras de lo que él mismo puede y se sabe capaz de soportar. Pero además, “La rebelión va acompañada de la sensación de tener uno mismo,

de alguna manera y en alguna parte, razón” (Camus, 2003: 17). Esto es: *la rebelión tiene su origen en la conciencia, en el saber*.

Desde esta óptica me aproximo a Odiseo, personaje principal del poema épico atribuido a Homero,¹ quien forma parte de una tradición de insumisos que establecieron una frontera entre el hado y la libertad. Para ello, afirmo que Odiseo —o Ulises, según la tradición latina— se convertirá a la postre en arquetipo de héroes legendarios y hombres con aspiraciones a la divinidad al asumir, pero ante todo, intentar suprimir o superar, su condición de simples mortales. De esta forma, si aún hoy nos oponemos a la fatalidad, a un futuro previamente trazado e irreversible, lo hacemos emulando a aquél hombre que es emblema de indocilidad. Un ser que lucha en contra del oprobio.

Así, en el presente texto no niego la importancia dada por los estudiosos al protagonista del poema épico, pero tampoco me abstengo de manifestar algunas sospechas que quedan a consideración del lector.

Lo importante es saber, en primer lugar, quiénes somos; más tarde convendrá ser conscientes de nuestra herencia y asumirla.

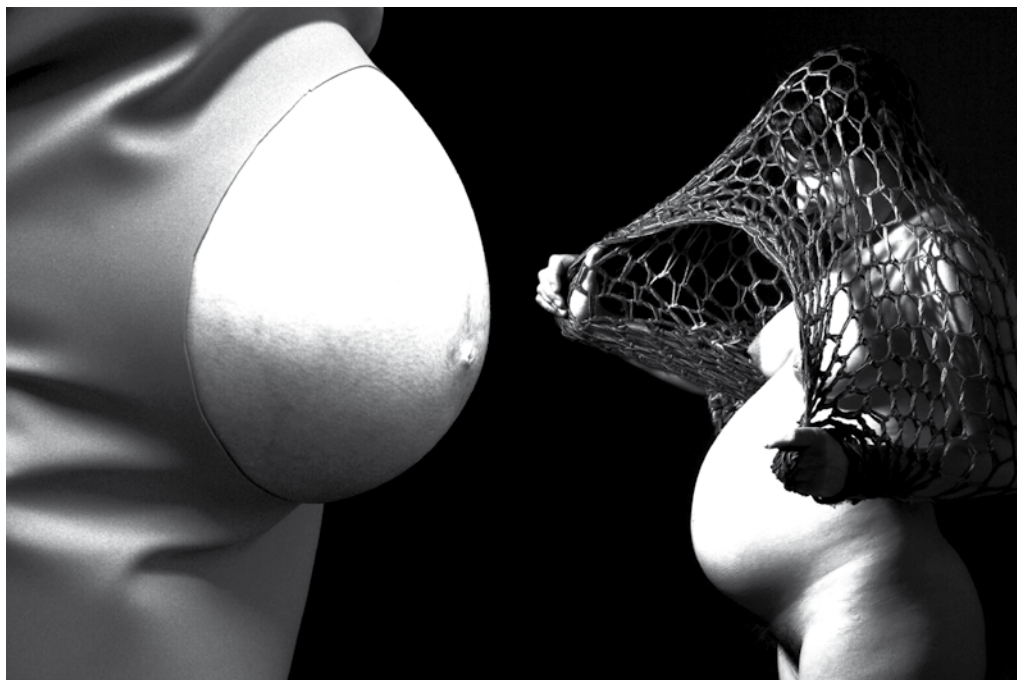
ANDRÉ GIDE, *TESEO*.

Según se ha dicho, Odiseo es hijo del argivo Laertes y de Anticlea, hija de Autólico. Este último, “célebre por sus raterías y perjuicios” (Reyes, 2000: 85), fue quien lo bautizó con ese nombre que, según sostiene Alfonso Reyes, significa “el odiado”.

Robert Graves menciona que el abuelo materno de Odiseo era un experto en el robo, cualidad brindada por Hermes, el mensajero de los dioses, a quien consideraba su padre y lo había facultado para metamorfosear a cualquier animal. El mismo Hermes es considerado, indica Graves, inventor de la aritmética, la astronomía, las escalas musicales, los pesos y las medidas, el arte del boxeo, la gimnasia y las letras del alfabeto. Es, además, el dios de los comerciantes, los banqueros, los adivinos, los heraldos y los *ladrones*.

Hermes nació en Arcadia, hijo de Zeus y Maya y, como dios que era, se cuenta que en sus primeras horas de vida creció rápidamente hasta alcanzar el tamaño de un niño de cuatro

1 La vida de Homero es un enigma. Se dice que nació en Esmirnio o en Quíos y que fue un maestro de escuela que recitaba poemas. Unos afirman que fue una mujer y otros más dicen que nunca existió. Nadie sabe a ciencia cierta quién fue. Existen quienes sostienen que el Homero de la *Iliada* y el de la *Odisea* son distintos. Algunos más argumentan que ese compendio de hazañas se ligan a Homero sólo porque fue él quien vivió en aquel período. Incluso existe quien sugiere que Homero fue un escriba que acompañó a Odiseo durante su viaje y registró los sucesos de los cuales era testigo y aquellos otros que Ulises le contaba. Al menos eso se ve en la película *Odysseus. Voyage to the underworld*, del director Ben Affleck y estrenada en Estados Unidos de Norteamérica en octubre de 2007. Como quiera que sea, y pese a la oscuridad que rodea al poeta, la literatura griega es la más antigua que sobrevive y ha representado una enorme influencia para las demás. Los poemas épicos de Homero son, aún hoy, fuente de entretenimiento pero sobre todo de inspiración. De manera particular, la *Odisea* inicia toda una tradición literaria a la que pertenecen Virgilio, Dante Alighieri, John Milton, Keats, Tennyson y James Joyce. Y todavía más próximo y por citar tan sólo un ejemplo, Gabriel García Márquez y su *Relato de un naufragio*. La *Odisea* es, juzgándola por sus características literarias, un relato con tintes novelescos que permiten entender ciertos paralelismos de la vida con el correr del tiempo. Homero no sólo nos legó la épica (de *épos*, *épee*, versos; que eran hablados o recitados para referir las hazañas de los héroes, seres deificados que representaban un punto intermedio entre los hombres y los dioses) sino que sentó las bases de la literatura griega al ser también, como señala Bowra, padre de la comedia y la tragedia.



años. Así, crecido, salió de su canastillo de mimbre para ir en busca de aventuras. Su primera travesura fue robar un rebaño de bueyes perteneciente a Apolo. Éste descubrió quién era el ladrón, y enseguida llevó a Hermes ante Zeus, para exigir su ganado. Hermes lo negó, sin embargo, sus afirmaciones sorprendieron a Zeus, quien decidió nombrarlo su heraldo.

La historia, en la versión presentada por Robert Graves, da cuenta de la astucia de Hermes, cualidad heredada a Autólico, abuelo de Odiseo. Pero éste también es nieto de Sísifo —cuyo nombre parece significar “muy sabio”—, hijo de Éolo y esposo de Mérope, la Pléyade. También entre los abuelos hubo una desavenencia, originada porque Autólico robó los rebaños de Sísifo, éste, para delatarlo, marcó a todos sus animales con el monograma SS. Con ello, y teniendo como testigos a los vecinos, Sísifo pudo comprobar las fechorías de aquél, quien tenía fama de ladrón.

No obstante, el mismo Sísifo era considerado por sus contemporáneos como un bribón. Basta recordar la treta con la cual engañó a Hades para aprisionarlo, o la forma en la que se burló de Perséfone al pedirle, estando en el inframundo, volver al mundo de los vivos para castigar a su esposa, quien había osado no enterrarlo luego de su muerte. Recordemos que Perséfone aceptó tal propuesta tan pronto Sísifo le prometió regresar en tres días, lo cual no pasó. Fue necesario recurrir a Hermes para llevar de vuelta a Sísifo al submundo. Allí, éste recibió un castigo ejemplar: hacer rodar, por encima de una colina, una enorme roca hasta colocarla en la cima para, después, dejarla caer por la otra ladera. Acción que no lograría nunca.

Albert Camus ha reflexionado sobre lo anterior, explicando que Sísifo, si damos crédito a Homero, “era el más sabio y más prudente de los mortales. No obstante, según otra tradición, propendía al oficio de bandido. [Y agrega:] No veo contradicción en ello” (Camus, 2002: 155). Esta idea del autor de *Las moscas* es, me parece, medular para entender a Odiseo, un hombre vuelto héroe arquetípico, quien con sus hazañas, no sólo hace gala del

dominio de la palabra sino de su inteligencia y astucia. Odiseo testimonia con sus actos que ser entendido es, también, ser *embustero*.

Odiseo no es ya el Aquiles de la *Iliada*, quien se caracterizaba por su rabia, valentía y defensa del honor. Es un guerrero griego que ansía regresar al hogar. Aquiles es el arquetipo del guerrero implacable, regido por su *hybris*, su ira destructiva. Odiseo es el arquetipo de un héroe distinto: valiente, audaz, mentiroso, astuto, valeroso, tortuoso, lleno de odio y amor al mismo tiempo. Un héroe tramposo pero, sobre todo, profundamente humano si hemos de creerle a Homero.

Respecto a esta diferencia entre ambos poemas, Cecile Maurice Bowra refiere:

Entre la *Iliada* y la *Odisea* hay una notable diferencia de temperamento. La *Iliada* celebra la fuerza y el valor heroicos, mientras la *Odisea* celebra la astucia y el ingenio heroicos. Los triunfos de Odiseo se deben, por mucho, a su inteligencia superior. En sus tareas, siempre lo ayuda e instiga Atenea, cuya debilidad por él es de un descarado encantador. La diosa admira a su prometido porque posee todas las cualidades de que ella más se enorgullece. Aun llega a encomiar sus embustes y bribonadas aunque con su miga de ironía. Odiseo triunfa sobre un mundo inferior por ser en todo mejor y más capaz que cuantos intentan oponérsele. (Bowra, 2005: 29)

Por su parte, Ángel Gómez Moreno (2002) ha señalado algunos rasgos de lo que llama *el caballero homérico*: origen divino; valor heroico; afán de sobresalir, de ser el primero; persecución del triunfo y de la gloria y, uno fundamental, el *sentido agonístico de la vida*. Todos estos aspectos se hallan en Aquiles y en Odiseo, pero los medios de que se valen para alcanzar sus metas son distintos. El primero lo hace a partir de su fuerza bruta; el segundo, desde su paciencia e ingenio.

Graves (1985: 470) refiere que la palabra Odiseo significa “enojado”, aunque en latín, el término Ulises parece estar formado por *oulos* (herida), e *isches* (muslo), en alusión a la herida causada por una mordida de jabalí, que recibió de niño el personaje principal del poema épico, y gracias a la cual es reconocido por su nodriza después de largos años de ausencia, aun disfrazado de pordiosero.

La *Odisea* narra un regreso. El retorno del rey de Ítaca a su patria después del saqueo de Troya. No sólo describe cómo un hombre reconquista su casa y su reino, o cómo se reencuentra con su esposa Penélope y su hijo Telémaco. No sólo subraya el heroísmo de Ulises sino nos recuerda la importancia del *viaje*; en él destacan la sucesión de pruebas, el enfrentamiento a situaciones extremas y la superación de problemas intensos. La *Odisea* simboliza la travesía que ha de emprender un hombre para reencontrarse a sí mismo. Un hombre que, después de haber andado a la deriva, se *re-conoce*.

Alfonso Reyes expresa que si bien ya sabemos de Odiseo en la *Iliada*, éste se muestra en aquella “reservado, prudente, hasta un poquillo cauteloso y como deseoso de borrarse y rechazar toda alusión a su consabida astucia o agudeza” (Reyes, 2000: 84). Se relata que era invencible con el arco y era protegido por Atenea, diosa de la sabiduría y la guerra. Quizás de ella aprendió la táctica y la estrategia. Sin embargo, pertenece, como he querido mostrar, a una estirpe de bandidos y mañosos. Condición que él mismo quiere pasar por alto.

Odiseo teme a cada instante que alguien se acuerde que pertenece a una raza equívoca, de gente experta en el hurto, al menos por la ascendencia de su madre —y de la del padre,

como he querido enfatizar—; teme, entre todos, aparecer como un tanto intruso: principillo de una miserable isla distante, perdida allá en el occidente, es decir, por el revés de Grecia.

(Reyes, 2000: 85)

El mismo Reyes advierte que si vemos en la *Iliada* a un Odiseo precavido, prudente y cuidadoso, es porque busca esconder el linaje del cual procede. Así, si no echa mano de sus increíbles recursos, del engaño y la travesura, lo hace porque “En la *Iliada* se vive entre camaradas de armas, jefes y príncipes sujetos a un código de honor, a una etiqueta rigurosa, en que cuentan el arrojo y la lealtad a la palabra empeñada, pero no el ardid y la doblez” (Reyes, 2000: 85). La virtud que Homero busca destacar en la *Iliada* tiene poca relación con la mentira y la hipocresía, pero sí mucha con el valor, el honor y la gloria. Es esta una moral heroica; es también la *ética homérica*; el *deber ser* del hombre valiente, del que buscaba reconocimiento a su proceder y ansiaba ser proclamado como el mejor. Estamos, entonces, ante un paradigma, un modelo de vida que sirvió de base a toda la educación de Occidente.²

Pero si en la *Odisea* vemos a un Ulises distinto, es porque acompañamos en su peregrinar a un héroe “que tiene que habérselas con dioses y meteoros deificados, encantadoras, cíclopes, monstruos, donde no hay igualdad de armas y todo recurso es admisible”.³ Esto explica porqué en este poema Odiseo luce sus habilidades para la mentira, la escapatoria y el fraude.

Ulises, expresa Agamenón, es un “perito en malas artes”. Aquél también sabe de su agilidad mental, de su superioridad intelectual. De ella se vale para vencer los efectos de la flor de miel que hace olvidar la patria. Pero, como dice Camus, “El pensamiento rebelde no puede [...] prescindir de la memoria [...]” (Camus, 2003: 25). Odiseo va en contra del destino dictado por los dioses. Así, se enfrenta no sólo a las fuerzas de la naturaleza (agua, viento, rayos, etcétera.) sino también a la naturaleza propia (miedos, deseos, sentimientos, ambiciones, soledad, angustia, etcétera).

La *Odisea* es consecuencia de una pelea entre dioses;⁴ muchos de ellos, lejos de la acción, pero otros, como Poseidón y Atenea, vinculados a las peripecias del protagonista del poema épico. Ambos dan cuenta de las fuerzas sobrenaturales que velan y rigen la vida de los hombres. Simbolizan no sólo la fuerza de la naturaleza, como el dios de los profundos mares, sino también la civilización, la razón y la sabiduría, como la diosa que se convertirá en defensora de Odiseo.

La travesía que narra el poema de Homero da cuenta de una época heroica. Tiempo de reyes, guerreros y navegantes. En ella se destacan las proezas de un hombre y la intervención

2 Cf. Henri-Irénée Marrou, *Historia de la educación en la antigüedad*, FCE, México, 1998, Edward D. Myers, *La educación en la perspectiva de la historia*, FCE, Col. Breviarios 188, México, 1966, Mario Alighiero Manacorda, *Historia de la educación I. De la antigüedad al 1500*, Siglo XXI, México, 1998, Nicola Abbagnano, y A. Visalberghi, *op. cit.*, Moacir Gadotti, *Historia de las ideas pedagógicas*, Siglo XXI, México, 2002, y Robert Holmes Beck, *op. cit.*

3 *Loc. cit.*

4 Petrie ha dicho que los poetas épicos, y particularmente Homero, representaban a los dioses como seres sometidos a los motivos y pasiones de los mortales, mezclados no sólo en sus asuntos sino incluso con una naturaleza similar a la suya. Esto explica porqué hombres y dioses participan de las mismas pasiones, sentimientos, emociones, vicios y virtudes. Cf. *Introducción al estudio de Grecia. Historia, antigüedades y literatura*, FCE, Col. Breviarios 121, México, 1978.

constante de los dioses en la vida de los mortales. La misma Bowra expresa que tanto en la *Iliada* como en la *Odisea*:

[...] encontramos el mismo sentimiento generoso de la humanidad, igual afición a las buenas cosas de la vida, el comer y el beber, la riqueza, la cortesía y la hospitalidad, el arte de construir navíos y manejar con pericia el arco, los numerosos episodios de la vida pastoril, los bueyes, las cabras y los cerdos, y finalmente los paisajes naturales de Grecia, las aves marinas que se sumergen o que posan en los mástiles, el viento que se levanta o se aplaca, el amanecer o el anochecer que alternan su constante giro, el sol, el mar y el cielo. (Bowra, 2005: 31)

La misma autora añade: “si es verdad que Homero era ciego, habrá que reconocerle que se acordaba muy bien de lo que había visto antes de quedarse ciego”.

En la *Odisea* todo es simbólico. Atenea custodia al perdido. Éolo obsequia el odre donde se encierran los vientos que le evitarán tempestades. Hermes le brinda su ayuda dándole *moly*, la planta que impedirá a Odiseo sucumbir ante los encantos de Circe, entre otros. Como se aprecia, el héroe es protegido por la divinidad; mientras la sucesión de pruebas y desafíos no hacen otra cosa sino recordarle que sin los dioses *nada es*.

La mujer es también una metáfora. Ya sea como madre, amante, confidente o consorte; simboliza protección, resguardo, pasión, amor y fidelidad. Aunque también puede ser engaño, traición, maldad, pereza... o locura.

Su visita al inframundo entraña igualmente una cuestión simbólica: Odiseo es uno de los pocos mortales que morirá dos veces. Pero su viaje al submundo indica su muerte a la vida anterior para alcanzar otra. La suya es una muerte simbólica. Expresa una purificación, un renacimiento. Pero también una *iniciación*. Campbell refiere, que en esta última, el individuo muere al pasado y renace al futuro. Quien se inicia empieza por ser un recién nacido y termina por ser un hombre nuevo.

En el mismo poema épico, el viaje y sus obstáculos simbolizan a la vida como una sucesión de compromisos y pruebas que deben asumirse y vencerse. Esto también se expresa en la inmersión de Teseo en el laberinto construido por Dédalo, lugar de donde sale victorioso luego de matar al Minotauro, gracias a la ayuda de Ariadna a quien, sin embargo, traicionará. Dédalo, padre de Ícaro, comunica al príncipe Teseo, hijo del rey Egeo, algo que se aplica bien para el protagonista de la *Odisea*: “[...] la fuerza del hombre no sirve de nada, o sirve poco [...] el adagio ‘más vale maña que fuerza’ es totalmente cierto” (Gide, 2001: 51-52).

Ícaro simboliza en aquel mito la búsqueda constante, la curiosidad y el impulso. El hilo de Ariadna no sólo representa el deber sino la memoria, esa que nos ata al pasado, nos explica en el presente y nos impulsa al porvenir. El laberinto manifiesta el extravío, la pérdida de rumbo; y el Minotauro no se vincula únicamente a lo monstruoso, lo mágico o lo sobrenatural, sino a la bestia que todos llevamos dentro y tenemos miedo de afrontar.

Así, en la *Odisea*, si el hogar alude a la tranquilidad anhelada, a la paz y a la calma, el canto de las sirenas se vincula con lo apetecible, lo atrayente o incitante. Los jóvenes pretendientes simbolizan que la maldad y la perversión pueden estar en nuestra propia casa, enquistados como un cáncer dañino, el cual debe extirparse. No sólo se ligan aquellos



a la ambición, al exceso, al vicio, a la corrupción y a la búsqueda de poder, sino al asecho ante el cual nos sometemos constantemente, y a las trampas desprendidas de la malicia, propia o ajena.

La vuelta a casa es también un arquetipo. Es el retorno al origen. Es la restauración del orden luego del caos. Odiseo simboliza la inteligencia, el valor; y su viaje, la pugna entre el destino y el libre albedrío. El loto simboliza la *desmemoria* y, desde luego, la perdición.

El olvido ha sido el causante de múltiples desastres. ¿No se debió a él la fatal muerte de Egeo? Respecto al loto, Robert Graves sostiene que éste:

[...] es un fruto sin cuesto, de color de azafrán y del tamaño de una haba, que crece en racimos dulces y saludable, aunque tiene la propiedad de hacer que quienes lo comen pierdan por completo el recuerdo de su país; algunos viajeros, no obstante, lo describen como una especie de manzana de la que se obtiene una sidra fuerte. Odiseo [...] aunque sintió la tentación de probar el loto se contuvo. (Graves, 1985: 451)

Simbólicamente, la *Odisea* es la constante lucha que el hombre libra consigo mismo. Una lucha, dirá André Gide, en donde “Las armas importan menos que el brazo que las sostiene [y] el brazo importa menos que la inteligente voluntad que lo guía” (Gide, 2001: 12). Ulises, señala Carlos García Gual, “resulta un nuevo paradigma heroico. Héroe solitario, aventurero errabundo fiado no en sus armas ni en su fuerza atlética, sino en su astucia y su arte de seducción” (Homero, 2000: XV).

En el poema, si el viaje es importante, *la partida* es igualmente simbólica. Nos alejamos de nosotros mismos para conocernos mejor, para tomar distancia y ver las cosas *con otros ojos*. El viaje es una expedición interna donde es preciso vencer todas las tentaciones, las incitaciones e impulsos que obstaculizan volver a casa. Es una lucha

contra nuestros propios *prejuicios*, tal y como quiere mostrarnos Konstantinos Kavafis en su poema *Ítaca*:

Si vas a emprender el viaje hacia Ítaca,
pide que tu camino sea largo
rico en experiencias, en conocimiento.
A Lestrigones y a Cíclopes,
o al airado Poseidón nunca temas,
No hallarás tales seres en tu ruta
si alto es tu pensamiento y limpia
la emoción de tu espíritu y cuerpo.
A Lestrigones y a Cíclopes,
ni al fiero Poseidón hallarás nunca,
si no los llevas dentro de tu alma,
si no es tu alma quien ante ti los pone [...]
(Kavafis, 1998: 23)

El poeta nacido en Alejandría nos recuerda la experiencia del viaje como conocimiento y aprendizaje. Muchos años más tarde, Edgar Morin (2003) expresará justamente que aquél entraña una *metamorfosis*: “regresa, sí, pero regresa cambiado. El que regresa no es nunca el mismo que el que partió. El que vuelve es *otro*”.

La *Odisea* es, entonces, un viaje iniciático. Una ruta de purificación del cuerpo y el alma. Representa la lucha continua contra nuestros arrebatos y desatinos, contra nuestros apetitos y afanes. Es una especie de *catarsis*. Al respecto, Helena Beristáin sostiene, en su *Diccionario de retórica y poética*, que esta palabra fue introducida por Aristóteles para evidenciar las implicaciones psicológicas, estéticas, éticas, religiosas y de ejemplaridad que le son propias. Según la autora, la catarsis se relaciona con una *purgación espiritual*.

En este sentido, si hablamos de metamorfosis, de un cambio o alteración de la forma, ¿cómo ha sido posible la transfiguración? Evidentemente gracias al trayecto, pero también al aprendizaje. Kavafis expresa en su poema:

Pide que tu camino sea largo.
Que numerosas sean las mañanas de verano
en que con placer, felizmente
arribes a bahías nunca vistas;
detente en los emporios de Fenicia
y adquiere hermosas mercancías,
madreperla y coral, y ámbar y ébano,
perfumes deliciosos diversos,
cuanto puedas invierte en voluptuosos y delicados
perfumes;
visita muchas ciudades de Egipto
y con avidez aprende de sus sabios [...]
(Morin, 2003: 23-24)

Carlos García Gual afirma que el poeta griego manifiesta bien en su poema “[...] el sentido de la *Odisea* como un viaje de aventuras y experiencias enriquecedoras orientado hacia la isla pobre de donde partió y adonde vuelve el viajero con su historia peregrina” (Homero, 2000: XXI). La *Odisea* se entiende, como un largo viaje caracterizado por muchos cambios de fortuna. Es una aventura personal. Una narración transcurrida de la dicha del hogar, a la desdicha del exilio; desde la calidez de una caricia de la amada, hasta la bofetada de una ola en medio del naufragio; desde la búsqueda de la gloria hasta la frustración y el desencuentro; desde la prepotencia hasta la sencillez; desde la soledad a la desolación. Es una *vuelta atrás* —pienso en este momento en Ariadna, quien rebobinará el hilo para hacer volver a Teseo—.

El mismo García Gual indica que el poema épico es la historia de un regreso, es decir, de un *Nóstos*. Adriana Yáñez Vilalta afirma que el tema del viaje mítico se vincula con un alejarse para volver a hallar lo más originario, lo más íntimo.⁵ Octavio Paz, en el *Laberinto de la soledad*, lo apunta de otra forma:

Vivir, es separarnos del que fuimos para internarnos en el que vamos a ser, futuro extraño siempre. La soledad es el fondo último de la condición humana. El hombre es el único ser que se siente solo y el único que es búsqueda de otro. Su naturaleza —si se puede hablar de naturaleza al referirse al hombre, el ser que, precisamente, se ha inventado a sí mismo, al decirle “no” a la naturaleza— consiste en un aspirar a realizarse en otro. El hombre es nostalgia y búsqueda de comunión. (Paz, 1996: 211)

Paz nos recuerda que la vida está ligada a la separación y a la ruptura, al desamparo, y a la caída en un ámbito hostil o extraño. Pero también nos dice que buscamos suprimir nuestra soledad, abolirla. Así, cuando Odiseo, en su búsqueda por retornar al hogar, se enfrenta a lo desconocido, incluso lo monstruoso, aparece como un ser desposeído pero, pese a su penuria, se vale de la tenacidad y de su empeño por retornar a la isla, su hogar, que es su memoria, por ello se aferra a ésta, porque la verdad se vincula —como nos lo enseñaron los griegos— con el *no olvidar*. Kavafis lo expone de la siguiente manera:

Ten siempre a Ítaca en la memoria.
Llegar allí es tu meta.
Mas no apresures el viaje.
Mejor que se extienda largos años;
y en tu vejez arribes a la isla
con cuanto hayas ganado en el camino,
sin esperar que Ítaca te enriquezca. (Kavafis, 1998: 24)

El viaje da cuenta de cómo Ulises queda solo. Es la ruta emprendida por el hombre en busca de su identidad. Es el trayecto del yo, del *ego*. El viaje se vuelve, entonces, condena, prueba y purga. Condena a la soberbia de un hombre que creyó serlo todo sin los dioses; prueba a sus talentos y recursos; y purga, en cuanto vía para rechazar lo indeseable. En este sentido, al hallarse en una especie de orfandad, al saberse condenado a la soledad y al reconocer su finitud, Odiseo descubre la *verdad originaria*: su propia mundanalidad se ha hecho patente.

5 Adriana Yáñez Vilalta, “Heidegger y Hölderlin. Recuerdo, tiempo y nostalgia” en Ricardo Guerra *et al.*, *Metafísica y ontología. Homenaje a Ricardo Guerra*, Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos, México, 2005.

Yáñez Vilalta sostiene que Odiseo, el mayor aventurero de todos los tiempos, es también el mayor nostálgico. Pero, ¿qué es la nostalgia? “En griego, *nostos* significa «regreso». *Algos* se refiere al «sufrimiento». La nostalgia es el sufrimiento causado por un hecho concreto: el no poder regresar” (Yáñez, 2005: 121). Advierte también una relación entre nostalgia y añoranza. “[...] que a su vez tiene su raíz en el verbo catalán *enyorar*, derivado del latín *ignorare* (que significa «ignorar», no saber algo). Siguiendo ésta etimología [*sic*], la nostalgia se nos revela como el dolor de la ignorancia” (Yáñez, 2005: 122). Bajo esta óptica, Ulises ejemplifica la erradumbre humana. Vivir es deambular, vagar sin rumbo, naufragar. Ser es también palidecer. Es, igualmente, acontecer y perecer.

La *Odisea* es, entonces, la búsqueda que efectúa un hombre de sí mismo; y el viaje es un camino para conocernos mejor. Una vía para acceder a tientas a la *autognosis* y para librarnos, aunque sólo sea parcialmente, de la angustia.

Ulises es un sobreviviente. En toda su travesía destaca cuán fértil puede ser la inteligencia cuando es bien conducida. Odiseo no es sólo un negociador o un diplomático; es un hombre educado y gentil, aunque también parece ser un oportunista y un experto en aquello de no decir nunca lo que piensa y en tergiversar la realidad. Pero decía, todo es simbólico. Polifemo gusta de comer de los hombres como la Esfinge lo hace al devorar ignorantes. El hijo de Poseidón es el emblema del embrutecimiento y la barbarie; la Esfinge, de lo enigmático y lo desconocido. El ojo único del cíclope tal vez equivalga a esa visión del *hombre unidimensional* de la que dio cuenta Herbert Marcuse. Visión miope y, a la vez, precaria y fragmentada de una realidad compleja. Escila y Calibdis encarnan lo opuesto a la belleza, son engendros ligados, sí, a la fantasía, pero también son los monstruos vinculados al terror.

Odiseo es, me parece, un personaje que gusta valerse de sus recursos para enmendar los desaciertos de sus propias acciones. Y si para salir bien librado debe mentir, defraudar, amagar un combate, desafiar, vituperar, robar, incluso matar, Ulises es un ejemplo a seguir. Tal vez tiene razón Sófocles cuando nos muestra a Odiseo como un hombre pragmático y sin escrúpulos.

Odiseo posee, desde cierta perspectiva, lo que Gabriel Zaid llamó alguna vez “validez mitológica”; pero desde otro punto de vista es un amoral, un hipócrita, un ser enmascarado de acuerdo con la situación, un hombre que finge sus afectos. Su carácter camaleónico le permite valerse de todo para superar la ignominia. Es un ser polimorfo; un ser mostrado en toda su complejidad. Por ello resulta atrayente, encantador, porque al verlo nos vemos. Y es que, como sostiene Edgar Morin:

somos criaturas sensibles, neuróticas y delirantes al mismo tiempo que racionales y todo ello constituye el tejido propiamente humano. Este ser humano es a la vez un ser racional e irracional, capaz de medida y desmesura. Como sujeto de un afecto intenso e inestable sonríe, ríe, llora, pero también sabe conocer objetivamente. Es un ser serio y calculador, pero también ansioso, angustiado, gozoso, ebrio, extático. Es un ser de violencia y de ternura, de amor y de odio. Puede ser conquistado por lo imaginario e igualmente reconocer lo real, sabe que existe la muerte pero que no puede creer en ella. Segrega el mito y la magia, pero también la ciencia y la filosofía. Está poseído por los dioses y por las ideas, pero duda de los dioses y critica las ideas. Lo nutren conocimientos comprobados, pero también las ilusiones y las quimeras. (Grinberg, 2002: 12)



Somos, como Odiseo, a la vez racionales y delirantes, trabajadores y lúdicos, empíricos e imaginadores, económicos y dilapidadores, prosaicos y poéticos. Por ello, el poema todo parece un hechizo, porque su rebeldía se presenta no sólo como el deseo de negar la situación que le es propia, sino como una batalla para afrontar los constantes *desafíos*.

Pese a todo, Odiseo es un héroe triunfador y regidor de su conducta en aras de librarse de la ofensa y la deshonra de la cual se siente objeto. Como Prometeo, Ulises se reconcilia con los dioses. Una reconciliación, dice Robert Holmes Beck, “necesaria para la supervivencia de la humanidad” (Holmes, 1965: 10). La épica y la tragedia se distinguen por esta concertación. En esta última no puede haber conciliación, mientras que en aquélla no sólo se busca el consuelo sino anhela la redención. Empero, más que un ejemplo de estoicismo o de vital resistencia, Odiseo es un seductor y un hombre que disfraza sus intenciones. Quizás, por su talento, es un sofista aun antes de la sofística. Recordemos que los epítetos atribuidos a su persona: *polytlas*, *polymetis* y *polyméchanos*, traducidos como “muy sufridor”, “muy astuto” y “de muchos recursos”, se ligán sin problema a la palabra *polymathía*, que alude a un amplio conocimiento, a una extensa erudición.

Tal vez Odiseo deba caracterizarse más por su presunción y exhibicionismo que por su cordura. Y si bien es cierto que representa a un héroe, con posibilidad de ser admirado de mil formas, aún me resisto a caer en semejante tentación, pues es él quien nos cuenta sus historias. Y bien a bien, no podemos determinar hasta qué punto Ulises es un hombre que al recrear sus anécdotas las vive o, peor aún, un enfermo que vive sus relatos inventados. Quizás el protagonista de este poema épico es un desquiciado. Aun si fuera así, la locura es una ventana de sentido, una vía, entre otras, de ver el mundo o, mejor dicho de crearlo y recrearlo. Es una marcha sin revés. Un viaje, sí, pero sin regreso. La locura es irremediable y, penosamente, incorregible. Tal y como advirtió

Igor Caruso en *La separación de los amantes*: “en la psicosis la conciencia se aniquila a sí misma”.

El loco, ensimismado, enclaustrado en su mundo, habita una realidad ideada por él mismo y antepuesta a otra, considerada insoportable. ¿No era Ulises un hombre que sacaba provecho de sus mentiras? ¿No lo llama Hécuba, según nos cuenta Eurípides, “el astuto, bribón, de palabra dulce, adulator del pueblo”? (Eurípides, 2000: 130). ¿No ella misma lo ve como un ser desagradecido y vil? ¿No lo llamaban justamente “fecundo en ardides”? Es probable que haya quedado, él mismo, *exiliado* de su cordura. Asimismo, no resulta descabellado pensar en su itinerancia como significado de la locura sin más, su total demencia puesta a la intemperie.

Si la *Odisea* es el paradigma de la novela contemporánea, no debe sorprendernos porqué *El Quijote* es también la historia de un viejo deschavetado que emprende su propio recorrido, lucha contra sus propios monstruos, y narra sus propias aventuras. La obra de Cervantes equivale a la crónica de un viejo que pierde progresivamente el juicio. ¿Por qué nos resulta tan agradable? Quizás porque nos reitera y recuerda el atolondramiento por el cual nos singularizamos. Cioran veía en el literato mucha indiscreción. Tal vez advirtió, como Georges Bataille, que la literatura es algo suntuario, carente, libre de toda finalidad, aunque hoy los terapeutas puedan afirmarla como un excelente medio para canalizar la insensatez. La demencia es otra vía para acceder a la verdad. Habrá que aprender, entonces, como recomienda Luis Tamayo (2001), a escuchar esa verdad portata por los locos.

Desde esta perspectiva —insisto— no me parece tonto pensar en Odiseo como un trastornado, pues en el enfermo destacan su incapacidad para dar cuenta del sentido de sus acciones y su impericia para controlarlas o administrarlas. Bajo esta óptica, si la locura es una especie de autointoxicación, gracias a la cual la realidad sólo puede ser soportable si se transporta a una realidad individual, Odiseo es un loco que sufre y vagabundea desafortadamente; y sus crónicas, el relato no sólo de su indigencia sino de sus desvaríos. Desbarrancado de la vida ordinaria, se hace patente su aislamiento, su soledad, su pérdida y su angustia, ese raro asomo, momentáneo y fugaz, hacia *el abismo*. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Abbagnano, Nicola (1994), *Diccionario de filosofía* [trad. Alfredo N. Galletti], México, FCE, 1207 pp.
- Abbagnano, Nicola y A. Visalberghi (1996), *Historia de la pedagogía* [trad. Jorge Hernández Campos], México, FCE, 711 pp.
- Aristóteles (1998), *Poética* [trad. Ángel J. Cappelletti], 3ª ed., Venezuela, Monte Ávila Editores Latinoamericanos, 117 pp.
- Beristáin, Helena (2004), *Diccionario de retórica y poética*, México, Porrúa, 520 pp.
- Bowra, Cecile Maurice (2005), *Historia de la literatura griega* [trad. Alfonso Reyes], México, FCE, Breviarios 1, 216 pp.
- Camus, Albert (2003), *El hombre rebelde* [trad. Luis Echávarri], 14ª ed., Buenos Aires, Losada, 287 pp.
- _____ (2002), *El mito de Sísifo* [trad. Esther Benítez], Madrid, Alianza Editorial, Biblioteca del autor 0660, 181 pp.
- Campbell, Joseph (2001), *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, México FCE, 373 pp.
- Eliade, Mircea (2000), *El mito del eterno retorno. Arquetipos y repetición* [trad. Ricardo Anaya], Madrid, Alianza/Emecé, 174 pp.
- _____ (1992), *Mito y realidad* [trad. Luis Gil], Barcelona, Labor, 231 pp.

- Esquilo (2000), *Tragedias* [trad. Bernardo Perea Morales], Barcelona, Gredos, Biblioteca Básica 4, 313 pp.
- Eurípides (2000), *Tragedias* [trad. Carlos García Gual], Barcelona, Gredos, Biblioteca Básica 6, 7 y 8.
- Fullat, Octavi (2001) *Antropología y educación*, Lupus Magíster, Universidad Iberoamericana-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla-Universidad Autónoma de Tlaxcala, 199 pp.
- Gadotti, Moacir (2002), *Historia de las ideas pedagógicas* [trad. Noemí Alfaro], México, Siglo XXI, 355 pp.
- Gide, André (2001), *Teseo* [trad. Ferran Esteve], Barcelona, Plaza y Janés, Col. Libros de bolsillo 42, 110 pp.
- Gómez Moreno, Ángel (2002), *Modelos de antropología de la educación*, España, Mira Editores, Huesca, 103 pp.
- Graves, Robert (1999), *Dioses y héroes de la antigua Grecia* [trad. Carles Serrat], Madrid, Millenium, Col. 100 joyas del Millenium 38, 119 pp.
- _____ (1985), *Los mitos griegos* [trad. Luis Echávarri], tomo II, México, Alianza.
- Grinberg, Miguel (2002), *Edgar Morin y el pensamiento complejo*, Madrid, Campo de Ideas.
- Guerra, Ricardo et al. (2005), *Metafísica y ontología. Homenaje a Ricardo Guerra*, México, Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos, 135 pp.
- Hesíodo (2002), *Obras y fragmentos* [trad. Aurelio Pérez Jiménez y Alfonso Martínez Díez], Barcelona, Gredos, Biblioteca Básica 3, 328 pp.
- Holmes Beck, Robert (1965), *Historia social de la educación* [trad. Carlos Gerhard], México, Rabasa, 256 pp.
- Homero (2000), *Iliada* [trad. Emilio Crespo Güemes], Barcelona, Gredos, Biblioteca Básica 1, 516 pp.
- _____ (2000), *Odisea* [trad. José Manuel Pabón], Barcelona, Gredos, Biblioteca Básica 2, 404 pp.
- Kavafis, Konstantinos (1998), *56 poemas* [trad. José María Álvarez], Madrid, Grijalbo-Mondadori, Col. Mitos y poesía 8, 70 pp.
- Manacorda, Mario Alighiero (1998), *Historia de la educación I. De la antigüedad al 1500*, México, Siglo XXI, 303 pp.
- Marrou, Henri-Iréné (1998), *Historia de la educación en la antigüedad* [trad. Yago Barja de Quiroja], México, FCE, 600 pp.
- Morin, Edgar et al. (2003), *Educación en la era planetaria*, Barcelona, Gedisa.
- Myers, Edward D. (1966), *La educación en la perspectiva de la historia*, México, FCE, Col. Breviarios 188, 501 pp.
- Paz, Octavio (2003), *El arco y la lira*, 3ª ed., México, FCE, 308 pp.
- _____ (1996), *El laberinto de la soledad. Postdata. Vuelta al laberinto de la soledad*, 2ª ed., México, FCE, Col. Popular 471, 352 pp.
- _____ (2005), *La llama doble. Amor y erotismo*, México, FCE, Col. Biblioteca Breve, 223 pp.
- Petrie, Alexander (1978), *Introducción al estudio de Grecia. Historia, antigüedades y literatura* [trad. Alfonso Reyes], México, FCE, Col. Breviarios 121, 181 pp.
- Platón (2000), *Diálogos* [trad. J. Calonge Ruiz, Emilio Lledó Íñigo y Carlos García Gual], tomo I, Barcelona, Gredos, Biblioteca Básica 24, 455 pp.
- Reyes, Alfonso (2005), *La Iliada de Homero (en Cuernavaca) y otros textos*, México, FCE/El Colegio Nacional/UAEMOR., 621 pp.
- _____ (2000), *Los poemas homéricos. La Iliada. La afición de Grecia*, en *Obras completas*, tomo XIX, México, FCE, Colección: Letras Mexicanas, 445 pp.
- Sófocles (2000), *Tragedias* [trad. Assela Alamillo], Barcelona, Gredos, Biblioteca Básica 5, 338 pp.
- Tamayo, Luis (2001), *Del síntoma al acto. Reflexiones sobre los fundamentos del psicoanálisis*, México, Universidad Autónoma de Querétaro, Serie Psicología, 98 pp.
- Yáñez Vilalta, Adriana (2005), "Heidegger y Hölderlin. Recuerdo, tiempo y nostalgia", en Ricardo Guerra et al., *Metafísica y ontología. Homenaje a Ricardo Guerra*, México, Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos.